sas por aquel gran sabio, nos dijo que, pues que así era, que nos esforzásemos, pues habíamos de ver cosas de grande espanto y temor.

Y ansí caminando, nos parecía entrar por las casas del dios Pluton; y en la primera entrada del palacio infernal topar al triste y doloroso llanto, acompañado con grandes quejas y sospiros de hambre y muchas enfermedades y otras desventuras, que allí hora ni punto faltaban. Parecíanos ver mas adelante un hombre con tres cuerpos, que Gerion dijo el sabio llamarse, y otro con cien manos, que Briareo tenía por nombre, y la serpiente Hidra espantosa, y con vivas llamas y fuego armada, y Medusa con sus hermanas, y las negras arpías juntamente con ellas. Lo que Felesindos sintió de ver aquestas cosas, yo no lo sé; pero cuanto á mí, los cabellos se me erizaron, y las carnes todas me comenzaron á temblar. Pasando mas adelante, vimos aquel triste barquero Aqueron, que remaba por aquellas tristes y negras aguas del río Flegeton: era este barquero sucio y mal compuesto, tenía la barba blanca y mal ordenada, salíanle vivas llamas de los ojos, y gobernaba una negra barca, en la cual pasaba de la otra parte las tristes almas de damas, caballeros y heróicas personas. Y á nosotros fué necesario pasar también por órden de nuestro guía, que en su gran saber nos guiaba, y luego llegamos á las grandes puertas infernales, de las cuales era portero aquel gran can Cervero, que tres cabezas tenía de otros muy espantables perros; el cual comenzó de ladrar tan terriblemente, que pensé que nos tragaba; pero nuestro sabio, diciendo ciertas palabras, pasó adelante.

Y entrando por el infierno, hallamos á un hombre tendido, y un buitre sobre él que le comía continuamente las entrañas; vimos á otro que, cuando quería comer unas hermosas manzanas que se le llegaban á la boca, el árbol se le alzaba, y cuando quería beber, las aguas le huían. Andando mas adelante por aquellas dolorosas calles, topamos un hombre que subía una gran cuesta con un gran peñasco sobre sus espaldas, y cuando quería llegar á la cumbre se le caía, y ansí tornaba de principio; y vimos á otro que siempre andaba en carnes vivas, voltando sobre una rueda de navajas; vimos noventa y nueve doncellas que trabajaban de hinchir de agua un pozo sin suelo; vimos á las tres furias infernales, y oímos tan grandes y dolorosos gritos en aquella casa de Pluton, que allí no se acordaba Clareo, ni Florisea, ni ninguna cosa de vanidad; antes decía conmigo misma: «¡ay de mí triste, si he de venir yo á tan triste lugar, pues he gastado tan mal mi tiempo, teniendo muerta y enterrada mi alma, pues anda metida en el cuerpo, que no es otra cosa que una poca de dura y amarga tierra, que me come y roe mi alma, andando acompañado de tantos gusanos, que son mis vicios, mis soberbias, mis lujurias, mis vanidades, mis mentiras, ni poco temor de Dios, ni deste tan amargo y doloroso lugar, sin me quedar, ni hallarse en mí mas que el arrepentimiento, con el cual plega á Dios que las obras conformen, porque siendo el arrepentimiento bueno, las obras lo sean también.» Acabando de decir todas estas cosas vimos al gran Pluton y aquellos tres jueces que mandaban atormentar á los dañados; y habiendo acabado de ver estas cosas, nos hallamos en unos suaves y deleitosos campos, adonde los bienaventurados andaban alegres y contentos, porque allí los rayos del sol estaban claros, propios y verdaderos, sin jamás mudarse ni esconderse un solo punto; allí las estrellas eran propias; allí había hermosos prados; allí cantaban muy mas dulce y suavemente de lo que cantó Orfeo en los reinos de Tracia, siendo todos los instrumentos de oro y marfil; allí todas las cosas daban gloria y descanso y convidaban á ella. Andábanse por allí paseando muchos bienaventurados que habían gastado su tiempo mas virtuosamente que no yo. Todas las cosas, finalmente, eran allí de tanta gloria y descanso, que todos los trabajos que por aportar allí se pasan, no son ni se pueden decir ningunos; y ansí decía yo comigo: «¡oh tú, solo gobernador y hacedor del gran Olimpo, que formaste é hiciste el mundo y los cielos y todas las cosas! Ten por bien que yo merezca venir á la verdadera gloria y descanso; y aunque yo como flaca y olvidada de la razon no quiera llegarme á tí, quiere tú, señor, pues aunque yo por mi flaqueza no pueda ser buena, tú puedes hacer que yo lo sea, renovando mi corazon y trayéndome á camino de virtud y de verdad.»

Acabando de decir estas cosas, súpitamente nos hallamos caminando por una tenebrosa montaña, que era por unos oscuros y nublosos valles abajo, todos poblados de venenosos árboles, que todo animal que los gusta luego muere; donde no habita ni se oye cosa viva, porque aun las ánimas que por allí caminan no les es lícito hablar. Porque quiero que sepais que aqueste era el camino del infierno, por donde volvíamos; que aquel sabio no nos quiso traer por él con temer no muriésemos de temor. Y como ya hubiésemos visto otras cosas, volvimos por allí y súpitamente nos hallamos en la casa de aquel sabio, en la cual, habiendo descansado algunos dias del gran trabajo pasado, un dia pareciéndole al sabio que era ya tiempo, tomó aparte á Felesindos, y le dijo: «ya habreis visto, señor Felesindos de Trapisonda, todas las cosas pasadas, por las cuales quiero que entendais de cuán gran importancia es el llegar á la casa del Descanso, y cobrar á Luciandra, porque quien no la cobrare, aportará á aquellas moradas del gran Pluton, y quien fuere tan esforzado que llegue á ella, irá en aquellos campos Elíseos, que senifican aquella soberana gloria que Dios á los buenos tiene prometida. Pero para alcanzalla no es menester tener amistad en el mundo, ni con la carne, ni con el enemigo mortal, ni con sus compañeros, que son aquellos que os saltearon á la entrada destas mis moradas, por impedir vuestro camino, y porque siguiésedes su bandera, y así lo harán muchas veces; pero vos, como buen caballero que sois, os defendereis dellos y de sus cosas, porque son perecederas, y que os llevarán en aquellas tristes moradas que vistes.» Y por agora no tengo mas que deciros, sino que cumple que, pues ya sabeis el camino, os partais luego y sin ninguna compañía, porque así es menester;» y con esto acabó. Felesindos, dándole infinitas gracias por los beneficios que dél había recebido, se informó mejor; y así se partió; y viendo yo que no había de ir en su compañía, comencé á hacer gran llanto y me abracé con él. Pero á la fin, entendiendo que no podía menos ser, me quedé, no espantándome que la fortuna hiciese mudanzas comigo, pues tan usada era á ellas, y con esto yo me partí de allí con intencion de irme á alguna ciudad y meterme monja, por acabar mi vida sirviendo á Dios, porque tenía tan gran temor de las cosas que había visto en los infiernos, que en otra cosa no pensaba; y así comencé de caminar acia el fin de Europa, porque allí quería descansar.

CAPITULO POSTRERO.

Cómo Isea llegó á una ciudad de España á un monesterio de monjas, y cómo no queriéndola allí recebir por monja, se embarcó y aportó á la ínsula Pastoril, adonde le pareció escrebir esta su obra.

Partido Felesindos, y habiendo tomado dél recaudo para mi camino, porque, segun yo ya andaba pobre, todo me faltaba, comencé de caminar sospirando siempre por Felesindos y por su compañía, olvidando lo mas que podía á Clareo; y cuanto á la razon, ninguna memoria debía tener dél; pero el amor no lo consentía. Y ansí habiendo caminado mas de un año, aporté en una ciudad de España, adonde ya pobre y cansada me fuí derecha á un monesterio de monjas, porque había allí muchos; y llegando dije que quería hablar con la abadesa; y como me vieron tan pobre, dijeron que qué le quería, y yo respondí que hablar una cosa que me importaba. «Mejor fuera que le importaría

á ella, respondió la portera; pero con todo, tornad aquí mañana,» y así lo hice. Y entrando, hallé á la abadesa muy bien adrezada y cercada de muchas monjas, muy bien vestidas, que todas estaban labrando con sus almohadillas de raso y sus guantes cortados; y esto con tanta reputacion, que las damas en los saraos no tienen mas. Yo, viéndola así, hice mi cortesía, y en pocas palabras dije mi intencion; y la abadesa me respondió que yo fuese bien venida; pero que cuanto á entrar en aquella casa, que era menester traer mil ducados de dote, y ser de don y de buen linaje; porque todas aquellas señoras lo eran: que una se llamaba doña Elvira de Guzmán, y otra doña Francisca Pimentel, y otra doña Juana de Monpalau, y otra doña Teresa de Ayala, y otra doña María Manrique, y otra doña Marina Imperial, y otra doña Ambrosia de Chaves, y otra doña Isabel de Silva, y otra doña Antonia del Aguila, y otra doña Ana de Caravajal, linaje de mucho precio y valor. Y diciendo esto la abadesa, respondió una monja, y dijo: «otras habrá de tanto», y sobre esto repitió otra y otra; y vinieron cuasi á darse unas á otras de chapinazos; y yo viendo aquella quistion, y que no tenía dineros para entrar allí, ni menos se podía saber quién era, acordé de dejar á las monjas en sus quistiones y de partirme, sospirando y acordándoseme de aquel gran señor de Egipto, y cuán pocos había en el mundo que se le igualasen. Y comencé á llorar y á arrepentirme por haber dejado aquella su casa, en la cual tanto bien dél había recebido, y tenía gran deseo de saber dél y de sus cosas, deseando que tuviesen tan buen suceso cuanto sus obras merecían; deseaba de saber de aquellas cosas que bien quería, cuya bondad y grandeza era tanta, que bien mostraban ser amadas de tal persona, y ciertamente que si su reposo y sosiego iguala con su bondad, que sea grande, como plega á Dios que siempre lo tengan; que cuanto á deseallo yo siempre y á celebrar sus bondades y valor, soy cierta que lo haré en cuanto mi cuerpo acompañare mi alma. Porque, aunque la fortuna me traiga de un trabajo en otro, lejos de mi patria y de otras cosas, no tornará mudable mi voluntad, figurándoseme que no solamente en vida, pero en muerte, con la lengua fría en la boca y con los ojos quebrados, soy obligada á servir y querer aquel gran señor de Egipto y á aquellas sus dulces y muy queridas cosas.

Tornando pues á la historia, yo me proveí en aquella ciudad lo mejor que pude, y acordé de embarcarme y tornar á probar mi ventura. Y habiendo navegado muchos dias, sin haberme acontecido cosa que de contar sea, aporté una mañana á una tierra que la ínsula Pastoril tenía por nombre, porque era toda poblada de pastores que al dios Pan solamente celebraban. Y entrando por aquella tierra, cansada de la mar, aporté á unos valles sombríos, á los cuales unas altas sierras cercaban, y dellas claras aguas corrían, y los valles eran todos llenos de altos árboles, debajo de los cuales pasaban unos mansos arroyos y había muchas fuentes que de verdes y floridas ramas estaban cubiertas y de blancas pedrezuelas ornadas. Había por aquellos valles muchos pastores, que tañendo sus flautas rodeaban sus ganados, sin de otra cosa ninguna tener cuidado, mas que de levantarse cuando el sol salía, y guardar sus ovejas, y pasar el dia en honestos ejercicios; y, venida la noche, haciendo grandes fuegos estarse á ellos, comiendo de aquellos sus pastoriles manjares, y después recogerse en sus cabañas, sin de cosa ninguna tener cuidado, ni pena, ni desasosiego, durmiendo á placer sin tener cuenta con las cortes de los altos príncipes y poderosos señores, ni de sus mudables favores, abrazados solamente con aquella deleitosa y suave soledad, estando cantando debajo de altos pinos ó de algun gran roble, no les dando pena la hambre grande, que los que sirven á los señores de privar tienen, ni menos trabajo, las galas de la agraciada y superba dama, ni las mudanzas que en sus favores suele haber. No les quitaba el sueño si los naos cargadas de mercadería, veniendo del Cairo ó de Alejandría, se podrían perder, ni si los bancos gruesos y de gran crédito, quebrarían, y en un hora perderían todo aquello que en muchos años habían ganado. No temían que los príncipes los arruinasen, ni de todo destruyesen; no les daba pena sufrir aquellos, á quien los oficios hace malos y contrarios á toda virtud; no les daba cuidado el conquistar reinos, adquirir ciudades, vencer batallas, desear señoríos, querer mandar, buscar las Indias, servir al mundo, perder la vida, destruir el alma, cosa mas de sentir y mas dina de ser llorada. Estábanse allí viendo cómo salía el claro y rojo Apolo, y cómo se ponía, y llegado en poniente mostraba Diana su hermosa y agraciada cara, y cómo se descubren las lindas estrellas, y alegrándose cuando viene el verano vestido con capa de mil colores y coronado de diversas y varias flores.

La cual vida, como yo viese y considerase cuán buena y verdadera era, con razon comencé á decir: «¡oh bienaventurados y venturosos pastores, á los cuales cupo por suerte tan venturosa y sosegada vida; y cómo, no una vez, pero ciento os podeis llamar dichosos y bienaventurados, pues tan dulce y sosegadamente en estos valles vivís, ajenos y apartados de todas las cosas que tan gran pesar y trabajo á todos los que las buscan dan! Oh cuán dulces y mas sobrosas os son aquí á vosotros las claras y naturales aguas de lo que son los artificiales y escogidos vinos á los príncipes y grandes señores! Oh cuán de mejor sabor es aquí la fresca y blanca leche de lo que por las ciudades son los pavos, perdices y faisanes! Oh y cuán mas suave olor os es este, que destas flores nace, que no aquel que el ámbar de Oriente, ni almizquer de Levante causar suele! Oh y cuán mas dulce y alegremente canta aquí un pájaro de su natural, que no aquel que con grande trabajo en las cortes y grandes ciudades es enseñado! Oh cuán mayor contento recebís aquí vosotros, metidos en la pastoril cabaña, de lo que reciben aquellos, cuyas moradas están fabricadas sobre altas columnas, cubiertas todas de oro y entretalladas de blanco marfil, y de diversas historias todas acompañadas! Oh y cuán mas contenta vive aquí una serrana ó pastora, vestida descuidadamente con paños de gruesa lana ó de lino hilados con sus propias manos, y con sus cabellos revueltos, y su blanco pié descalzo, y el grosero huso en la mano, cantando por estos campos, de lo que vive la honesta y recogida doncella, á la cual sobran los paños de seda y las joyas de oro, las piedras y perlas que no tienen precio, pero falta el contento, que de todo es lo mejor y mas principal y de mayor estima!»

Habiendo pasado mas adelante de aquellos valles, aporté á un hermoso y deleitoso prado, ornado de gran copia de flores, entre las cuales estaba mezclada una ordenada compañía de árboles y de plantas; los árboles eran espesos, y las hojas y ramas, las cuales alcanzándose unas á otras hacían una hermosa sombra y cobertura á las flores; hallábanse allí muchos lirios y rosas y mirtos, debajo de los cuales el agua corría. Yo, viendo tan deleitoso lugar, acordé de quedarme allí, haciendo otro prado de mis trabajos, siendo los árboles mis grandes sospiros, y los arroyos las lágrimas que de mis ojos salen, y las rosas mis penas, y las flores mis cuidados, y las sombras mis tristezas, y las yerbas mis enojos. Acompañada de las cuales cosas, confieso que vivo de la suerte que juzgarse puede, ablandando con mis lágrimas las duras peñas destos prados y valles, adonde estaré hasta que mi ventura quisiere, y adonde me pareció escrebir esta mi obra, contando las cosas que tengo dicho, en la cual no uso mas estilo de aquel que mi desventurado y triste hado me enseñó, teniendo mayor necesidad, en esta vida que paso, de sosiego que de fama ni de loor, engañando mis trabajos con lo que escribo, como hace la doncella las largas noches con la tarea, viviendo aquí sin ser usada á estos cielos, ni á las aguas, ni manjares destas tierras; sin tener persona ninguna á quien pueda

contar mis males, ni con quien descanse en mis trabajos, los cuales no quiero yo que en esta tierra tengan remedio, porque ansí no se detenga la muerte de mí tan deseada. Bien sé que si esta mi obra en algun tiempo aportare á las riberas del rio Henares, que piadosamente será leida, y mis penas sentidas y con razon lloradas, á la cual quise poner fin con propósito de en algun tiempo escrebir la segunda parte; la cual de los hechos y grandes cosas de Felesindos tratará, y de lo que le aconteció en la demanda de la princesa Luciandra hasta llegar á la casa del Descanso, y pasar el valle de la Pena, lo cual plega á Dios sea con tener mas reposo y sosiego de lo que agora tengo.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS AMORES DE CLAREO Y FLORISEA, Y DE LOS TRABAJOS DE ISEA.

SELVA DE AVENTURAS,

COMPUESTA

POR JERONIMO DE CONTRERAS,

coronista de su Majestad.

VA REPARTIDA EN SIETE LIBROS, LOS CUALES TRATAN DE UNOS ESTREMADOS AMORES QUE UN CABALLERO DE SEVILLA LLAMADO LUZMÁN TUVO CON UNA HERMOSA DONCELLA LLAMADA ARBOLEA, Y LAS GRANDES COSAS QUE LE SUCEDIERON EN DIEZ AÑOS QUE ANDUVO PEREGRINANDO POR EL MUNDO, Y EL FIN QUE TUVIERON SUS AMORES.

DEDICATORIA DEL PRIMER EDITOR.

A la serenisima, inclita y muy poderosa señora doña Isabel, por la divina clemencia reina de las Españas.

Si el servicio que debo á vuestra Majestad se habia de recompensar con los bienes deste mundo, pienso verdaderamente que no seria yo en toda mi vida bastante en satisfacerlo; porque en siendo yo su vasallo, paréceme que esto solo es suficiente para que crea que no solamente cuanto tengo, pero aun mi persona le es deudora. Y por esto, con esta persuasion verdadera movido, nunca dejo ni dejaré en toda mi vida de hacerle todo el servicio que yo pueda, para que conozcan todos los hombres del mundo mi obligacion, y sea incitamiento á los otros el grande beneficio que reciben en ser vasallos de vuestra Majestad, y principalmente en estos tan desasosegados tiempos. Lo que no es poco beneficio (antes muy grande), recebido de la mano del Señor, poder con grande descanso y reposo del ánimo pasar en tales y tan constantes reinos esta miserable vida en servicio de Dios, debajo del amparo y proteccion de tan poderosos y cristianísimos señores. Conociendo yo pues esta merced, en haber recebido de Dios tan grande beneficio de poder descansadamente, con el trato de la impresion y libros, vivir con tanta paz y quietud en tales y tan pacíficos reinos, y habiendo venido á mis manos una Selva de aventuras de Jerónimo Contreras, no he podido dejar, por la comun utilidad que della se puede sacar, y por la grande recreacion de ánimo que en ella se puede hallar, de imprimirla y presentarla á vuestra Majestad. Grande daño redundara á la comun utilidad, si esta obra no se imprimiera; porque á la postre se perdiera como se han perdido muchas obras de admirables autores, los nombres de los cuales son en grandísima manera alabados, y las obras dellos aun no han venido á nuestra noticia. Porque si bien lo miramos, no hallaremos en nuestros tiempos las obras de Afranio, ni de Anacreonta, ni de Pacuvio, ni de Arquiloco, ni de Aristófanes, grandes poetas, los cuales sabemos muy bien que han compuesto mas de seiscientos libros. Pues los Anales de Andrónico, las tragedias, comedias y sátiras de Ennio, ciento y treinta fábulas de Plauto, todo se ha perdido; la Medea y Orfeo, de Lucano, ni tampoco las Elegías, de Cornelio Gallo no se hallan; infinitos epígramas de Porcio Licinio, de Domicio Marso, de Valerio Edituo, por demás es buscarlos. Temiendo yo pues que no aconteciese lo mismo en esta obra, hele querido con mi impresion dar vida, y imprimir grande número della, para que los otros por venir no careciesen de tal libro, el cual verdaderamente se nombra *Selva de aventuras;* porque en ella se hallan tales y tantas, que ponen espanto y admiracion á los leyentes. No se ha de comparar con esta aquella *Selva grinea*, de Jonia, en la cual Mopso y Calcas estuvieron disputando; porque aquí otras disputas y contiendas de varios hombres se podrán hallar con mas recreacion y regocijo del entendimiento. Ni tiene que hacer con esta aquel grande bosque *Partenio de Arcadia*, en el